



## Respuestas para tener fe

### ¿QUÉ ENTIENDE LA IGLESIA POR FE?

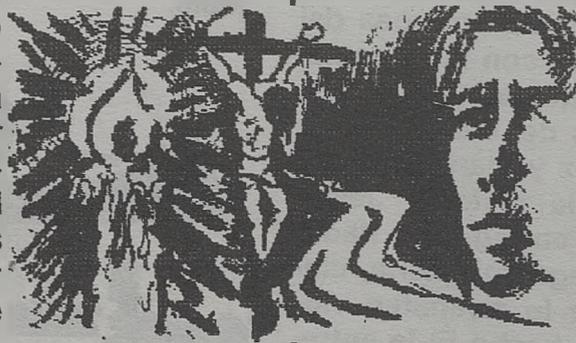
Creer en Dios y creer lo que Dios ha dicho y manifestado. Aceptar a Dios y confiar en Él. La fe es inseparable de una relación personal. Tener fe es como meterse en lo íntimo de una persona, fiarse de ella, no en lo que aparece y se ve, sino por la credibilidad que ofrece esa misma persona. También hay una relación personal respecto al que cree, pues tiene que salir de sí mismo, abandonar el propio criterio para aceptar el pensamiento de otros. Por eso hablamos de confiar, de tener fe en alguien, de creerle.

Pero ahora se trata del encuentro, de la relación personal entre el hombre que busca a Dios y Dios que se ofrece, que habla y se manifiesta de muchas maneras diferentes. Fiarse de Dios, aceptar su palabra y seguir la verdad que ofrece es tener fe en Dios. Esa aceptación de Dios no queda en mera adhesión intelectual, teórica, sino que lleva a transformar la vida, a adoptar unos determinados comportamientos acordes con la verdad que se ha conocido y porque Dios la ha manifestado. La fe es, por tanto, una actitud existencial que llega a las ideas y al comportamiento, que empapa no sólo los entresijos de la persona, sino que orienta también las relaciones con los demás. La fe es autorrevelación de Dios. No es la manifestación de una verdad, sino que es Él mismo el que se revela, lo que origina una comunión con el Dios vivo.

Sería de todo punto imposible que se confiara en alguien si es persona, en alguna manera, no se hubiera manifestado, aparecido, dicho algo, se tuviera noticia de ella. También lo podemos referir a Dios. Se necesita una manifestación de lo divino, una revelación del "misterio escondido". Aquí entra la iniciativa de Dios y de la gracia. Dios habla y el Espíritu abre el corazón del hombre para que vea en el Hijo, en Jesucristo, la presencia, la revelación de Dios. No es, por tanto, una credibilidad una fe meramente humana, sino un don, un regalo libre y gratuito que Dios ofrece y que el hombre puede recibir o rechazar. Lo que es imprescindible, para creer, es la llamada de Dios: nadie puede venir si el Padre no le llama.

Todo es gracia y favor de Dios, que habla y se manifiesta, tanto en los signos de la historia como en su palabra y en la intimidad de cada uno. Hay una revelación natural y otra sobrenatural. La natural está en la creación y en los acontecimientos humanos. La sobrenatural es la historia de la salvación. Lo que revela en la intimidad de cada uno es lo que se manifiesta en su palabra en cuanto que comunicado y asimilado. La gracia ni encadena ni anula la libertad del hombre. Más bien la reconoce y defiende. Pues quien va a decidir y creer es el hombre. Dios ilumina, pero el hombre puede cerrar los ojos o volverse de otra luz. Quien rechaza es el hombre, no Dios.

Dios habla y el hombre escucha y responde libremente, ponderando razones y responsabilidades. Pero teniendo en cuenta la gracia de Dios.



Porque la fe es razonable, aunque los motivos que tenga el pensamiento para asentir no sean los de una evidencia física. Cuando menos hay que admitir la posibilidad de un conocimiento superior o lo que puede ser un producto de la relación con lo inmediato y palpable. A esa racionalidad de la fe habrá que unir la responsabilidad que lleva consigo el creer. Dios no deja indiferente al hombre. La fe ilumina la conciencia, transforma criterios y comportamientos, compromete y orienta la existencia completa de una responsabilidad nueva.

No consiste la fe en aceptar algunas verdades, sino en creer en Dios. Solamente Dios mismo es el objeto de la fe. Dios vivo y manifestado en Jesucristo. Por tanto, la fe no es un juego intelectual para buscar razones de credibilidad, sino dejarse "seducir y poseer" por Jesucristo. Naturalmente que todo esto no puede realizarse sin la gracia del Espíritu.

Así entiende la Iglesia la fe y así la predica y ofrece. A quienes escuchan y siguen al Señor se les dicen las mismas palabras que a María: Feliz porque has creído; lo que ha prometido Dios se cumplirá.